

Acta III

PAPEL DE SEDA

Francisco Torrent Torralba

*“El sol, envuelto en un leve velo de niebla, brilla-
[ba en el horizonte
como una naranja envuelta en papel de seda”*

Curzio Malaparte

PAPEL DE SEDA

La región de Valencia se especializó durante la industrialización en la elaboración de papeles delgados : papel de fumar y manilas.

En 1832 se inicia la moda del cigarrillo, que comienza su expansión gracias a la rapidez con que las fábricas de Alcoy producen papeles adecuados.

A mediados del siglo XIX se generaliza el empleo de papel de envolver naranja, como respuesta a la exigencia por parte de los comerciantes de un modo eficaz de protección que permita el desarrollo de su consumo; estos primeros papeles de envoltorio eran de color rosa o azul, y aún no estaban impresos.

Bajo la denominación de papel manila se englobaron los papeles resistentes para envoltorios . El término papel de seda es la denominación popular de ciertas calidades, caracterizadas por su blancura, delgadez, suavidad, delicadeza y ser translúcidas.

EL PAPEL DE LA SEDA

La seda es una fibra de origen animal, y no puede fabricarse papel sirviéndose únicamente de ella;

la seda entra en la composición del papel únicamente como complemento, encontrándose en algunos papeles jaspeados en donde la fibra aislada y en escaso porcentaje resulta visible por estar fuertemente coloreada.

No obstante bien pudiera ser que fuese la seda quien condujese a la invención del papel ; durante la dinastía Han (202 aC- 220 dC) se fabricaban ya colchones de seda. El método consistía en hervir primero los capullos de seda, colocarlos después sobre una estera de bambú para su lavado con agua, y finalmente golpearlos con el fin de formar una capa gruesa a modo de colchón; al desprender el manto así elaborado quedaba adherida a la estera una capa delgada de fibras, que al secarse daba lugar a una lámina delgada de seda. En el Libro de las Odas, se hace referencia también a la fabricación del colchón de cáñamo y ramio, principales fibras vegetales empleadas en la actividad textil.

El primer diccionario chino, *Shuowen Jiezi (explicación de signos y palabras)*, año 100 d.C., explica el significado de la palabra papel, relacionándola precisamente con el método de golpear los capullos de seda en agua.

PAPELES MANILA

Originariamente se denominaban así los papeles fuertes, tenaces y flexibles obtenidos a partir del cáñamo de manila; su nombre derivaba de su abundante cultivo en los alrededores de Manila; su cul-

tivo se extendía desde el ecuador hasta los 20° de latitud norte, por las Islas Filipinas y las molucas principalmente.

Dos musáceas reciben el nombre de cáñamo de manila, la *Musa textilis* y la *Musa troglodytarium*; la primera es la más común y se denomina también abacá, del tagal abaká. De las vainas foliares se extraen las fibras, empleándose las finas en la confección de tejidos y las gruesas en la fabricación de cordajes, principalmente de uso marítimo, por su mayor resistencia a la humedad que el cáñamo (*Cannabis sativa*). De los cordajes embreados se elaboraba también el papel alquitranado, papel resistente, compacto y translúcido que recubierto con bitumen se empleaba en techumbres y embalajes impermeables.

En la fabricación de papel se empleaban cordajes usados, cortados, limpiados y lejiados a la sosa o la cal. El abacá no blanquea fácilmente, y los llamados manilas blancos tienen en realidad cierta tonalidad. Además, no era infrecuente fabricar el alma de los cordajes con fibra de jute, también fuerte y de difícil blanqueo.

La denominación de papel manila se relajó, aumentando primero la proporción de yute (como fibra, en forma de sacos o la parte inferior de la planta) y después para definir papeles resistentes, de cierto color y acabado (satinado por una cara), en cuya composición puede entrar pasta química no blanqueada (incluida a la sosa), papel recuperado, recorte e incluso pasta mecánica (en los baja calidad). Con mezclas de cordajes (cáñamo y yute), algodón y pasta al bisulfito se obtienen buenas calidades de 18- 22 g/m², teniendo que aumentar a 40- 50 en las calidades inferiores.

PAPELES SEDA

Los papeles seda eran fabricados a partir de cordaje usado (alpargatas, cuerdas) para un gramaje bajo (12 g/m²), con adición de trapo de algodón para el papel cebolla (16 g/m², fuertemente calandrado) y sustituyendo el cordaje por pasta química en el seda copias (28 g/m²). Las materias primas se lejan en función de su tonalidad, resultando pastas claras.

La escasa homogeneidad superficial de las calidades bajas de papel seda se compensaba coloreando de azul para los destinados a la fruta en general y de rosa o parduzco para naranjas y mandarinas.

Las pastas químicas fueron ganando terreno; el hecho de comprar la pasta ya blanqueada suponía para las fábricas mayor salubridad y limpieza, y las

mejores calidades probaron ser más económicas y adaptadas que muchas calidades de trapo.

Las pasta al bisulfito era calificada de limpia, tinte ligeramente rosado y fibra de tacto sedoso. Calificada por Dunbar de fibra perfecta, él mismo alertaba sobre su tendencia a flocular y que le dió mala reputación en la fabricación de papeles delgados, quedando en manos de una acertada conducción de la pila holandesa y del logro de un traqueo largo y lento.

Al igual que los papeles de fumar, se fabrican en máquinas planas ordinarias o de toma automática. Las calidades satinadas por una cara se obtienen en la misma máquina, si está equipada de cilindro satinador, o fuera de máquina, en supercalandras.

EL COMERCIO NARANJERO

En sus primeros tiempos de introducción en nuestro país, los naranjos tenían una finalidad decorativa y farmacéutica; no es hasta finales del siglo XIX que se extiende su cultivo intensivo, extendiéndose por el este y sur peninsular.

La actividad mercantil tuvo sus orígenes en la costa norte de las Islas Baleares. De principios del siglo XVIII datan las primeras noticias acerca del comercio de la naranja en el puerto de Sóller. Los patrones de los veleros ejercían de embarcadores y de comerciante, abonando su importe a los agricultores en el momento del embarque y comerciando después en los puertos de Cataluña y el sur de Francia.

Cavanilles, a finales del siglo XVIII, observa en la huerta de Orihuela “naranjos de la China, que rinden más utilidad que cualquier otra cosecha”. El naranjo se introdujo tanto compitiendo con cultivos tradicionales (cáñamo, judías, trigo y maíz) como en terrenos improductivos; en 1781 se introdujo en Carcagente y en 1790 en Villarreal, constituyendo dos polos de expansión.

A partir de 1862 el mal del naranjo conduce a la desaparición del cultivo en las Islas Baleares; al igual que allí son los patrones mallorquines quienes influyeron decisivamente en el desarrollo del comercio naranjero en las costas valencianas; la creciente demanda por parte de los países industrializados se verán amparadas por la mayor disponibilidad de tierra y agua.

El consumo de cítricos estaba limitado en su mayoría al comercio interior; la generalización, primero en Francia y en Inglaterra después, de la costumbre de comer fruta fresca en las fiestas de Navidad incrementó la demanda de naranjas y el

desarrollo de la exportación naranjera; la marina mercante catalana desplazó a los patrones mallorquines, algunos de los cuales, prósperos comerciantes, se instalaron en tierras valencianas.

LA CONFECCION

Durante la mayor parte del siglo XIX la mayoría de la fruta se sometía a una purga, a un calibrado manual y a un conteo a peso o por unidades. Sólo una pequeña parte se sometía al proceso de manipulación, y ésto aprovechando los espacios domésticos; el primer almacén del que se tiene noticia fué el del mallorquín José Catalá, instalado en el antiguo cuartel de caballería del Regimiento Farnesio, en Carcagente, en 1849. En el último tercio de siglo, coincidiendo con el aumento de producción y con la especialización del trabajo comenzaron a aparecer las primeras naves industriales.

Desde 1826, indica Salvador Bodí, “se ensayó el embalaje de la naranja antes de Navidad, envuelta en papel y empaquetada en cajas de madera”. Teodoro Lorente ilustra en la década de los ochenta la intensa actividad que se desarrollaba en los almacenes: “Hay que ver en los vastos almacenes la faena de la confección. Sobre el suelo cubierto de paja, siéntanse las muchachas en apretados círculos, junto a los montones enormes del dorado fruto. Cada cual atiende a su faena: la despezonadora les corta el delgado tallo, la medidora los clasifica por tamaños, haciéndolos pasar uno por uno por el aro reglamentario; la empapeladora los envuelve con un papel blanco y finísimo, como si fueran joyas; la encajonadora los coloca con gran cuidado en las cajas, ...”.

Los almacenes de confección de naranja y la mecanización de las operaciones de manipulado son parte fundamental de la organización comercial, y reponen a una favorable coyuntura exportadora; a partir de 1925 se produce la gran expansión, que alcanza su punto culminante en 1931.

La mecanización de los almacenes va encaminada tanto a la reducción de costos como a la mejora de la condición y presentación de la fruta. En 1926 se introduce la desinfección y limpieza de la naranja, y con posterioridad las enceradoras y abrillantadoras. En los años 30 aparecen las máquinas timbradoras y empapeladoras, propiciadas por la presión de la competencia en los mercados exteriores y el alza generalizada de materiales de confección y salarios.

El coste del manipulado y envasado de cítricos destinados a la exportación ha sido siempre motivo

de preocupación. Hasta 1945 el costo de los materiales de confección duplicaba el de la mano de obra; posteriormente a pesar del incremento que supuso para el abastecimiento de materiales la restricción de energía eléctrica, la diferencia con los salarios disminuyó un 30%. El precio del papel triplicaba el oficialmente autorizado, y tampoco se autorizaba su importación.

La capacidad de presión de los fabricantes de papel poderosos desbordaba al intervencionismo que el estado realizaba por medio del Sindicato de Frutos; en la campaña 1947- 48 propusieron duplicar el precio de las bobinas, a 1600 pesetas, que finalmente quedó entre 1255 y 1427 pesetas, según que las materias primas fueran importadas o nacionales; los buenos precios de venta obtenidos condujeron a un aumento de la producción de papel. En la campaña siguiente el precio fijado por el comité de vigilancia para una cantidad obligatoria de 10.000 bobinas, fue sorteado por algunos fabricantes con el recorte de la longitud de las bobinas, lo que causó la intervención de la Fiscalía de Tasas.

La negativa a conceder autorizaciones de importación de cordelería y telas de bronce fosforoso obligaron a utilizar alpargata de esparto y saquerío nacionales, que además de ser más caros que los materiales de importación producían un papel de inferior calidad y mayor peso, lo que era aprovechado por los fabricantes para aumentar el precio.

LAS MARCAS

Las marcas naranjeras surgieron como medio de identificación de los lotes que se subastaban en los mercados británicos.

Las primeras marcas se estampaban con tinta negra en los testers de las cajas de madera, utilizando trepas de hojalata. Posteriormente se utilizaron marcas metálicas impresas en colores, que se clavaban en los testers; se suprimieron debido a las lesiones que provocaban en los estibadores. Finalmente se utilizaron marcas impresas sobre papel, que se pegaban en las cajas.

La estampación de la marca en el papel seda con que se envolvía a la naranjas supuso un avance publicitario, que permitía llegar hasta el consumidor y fidelizar su compra si la mercancía respondía a sus expectativas.

Poco se sabe sobre los primeros papeles de seda impresos; aparecieron en Europa y Japón entre 1900 y 1910.

Las clases medias de los países importadores y las clases populares de los países productores reser-

vaban el consumo de naranja para la Navidad. Envuelta en papel de plata (estaño), en papel decorado o incluso en tela bordada, la naranja se convertía así en el símbolo radiante de la Navidad, la estrella que condujo a los Reyes Magos a través del desierto; esta costumbre, que aún se perpetúa en algunos lugares productores de origen latino, parece ser el origen de los primeros papeles de seda impresos, cuyo impacto estético tiene mayor importancia por el hecho que las naranjas son más resistentes y aptas por tanto a conquistar nuevos mercados. Los injertos permiten obtener variedades menos alterables, y el papel es un instrumento de promoción en sí mismo, frágil y espléndido, cuya función protectora queda en el recuerdo.

Durante la Primera Guerra Mundial la naranja, como la mayor parte de los alimentos, se ve afectada por los bloqueos. Terminada la guerra su comercio experimenta un nuevo crecimiento; pierde su condición de fruta de lujo y se toma como postre en forma de zumo recién exprimido, ganándose el favor de una clientela en aumento.

Esta nueva forma de publicidad no sigue las reglas habituales de comunicación comercial y hace gala de una falta de profesionalidad, de una candidez que aún perdura. Sin marca o número de registro del impresor, sin fecha ni firma del autor, sin referencia a ningún productor, cooperativa o exportador, ni pueblo ni región, surge el desacuerdo sobre la datación de las primeras marcas.

FABRICAS DE PAPEL

La primera máquina de papel para la fabricación de papel de seda se instaló probablemente en Onteniente; en reproducción por parte del diario *El Serpis*, de 12 de Marzo de 1884, de un artículo publicado en *El Comercio Andalúz*, el corresponsal en su “Carta de Alcoy” expresa que “El papel sufre las consecuencias de la lucha que las máquinas le imponen y hay que señalar en prueba de ello, la transformación de un edificio de siete tinajas en artefacto para la fabricación lanera. En cambio, en la vecina villa de Onteniente se están transformando molinos de harina con 26 caballos de fuerza hidráulica en pilas y cilindros para la confección de pastas para la alimentación de máquina de papel continuo, situadas en este término y dedicadas esencialmente a la construcción de papel seda, de mayor salida cada día a medida que aumenta la exportación naranjera”.

En suplemento al mismo número, Eduardo Pascual Sarañana, de Alcoi, se lamenta de que “La

mayoría de mis conciudadanos conoce, cuando menos de oídas, el proyecto que hace unos meses formulé para la instalación en esta ciudad, digo mal, para la ampliación de una fábrica que ya existe, dedicada a la fabricación de papel para envolver naranja, cuyo papel se exporta hoy en casi su totalidad del extranjero, y el cual afirmo y pruebo, como y cuando se quiera, que puede elaborarse aquí en mejores y más ventajosas condiciones, montando la fabricación en la forma que propuse”.

La citada máquina de Onteniente se instala en el molí Osca, levantado por la familia Osca en el siglo XVIII; Francisco Javier Albors, natural de Alcoy, lo compra antes de 1872 y su hijo Emeterio monta la primera máquina continua unos meses antes de 1884. El molino Osca pasó posteriormente a la familia Simó, pasándose a denominar *La Clariana*.

Dando un salto en el tiempo nos detendremos en los inicios de la Segunda República. La política de sustitución de importaciones iniciada por Gran Bretaña en favor de sus colonias, y en menor medida por Francia, unido al desorden de nuestras exportaciones y su baja calidad causaron el estancamiento de las exportaciones; hay que añadir a ello un alza generalizada de materiales de confección y salarios, propiciados éstos por la política de la Segunda República.

Al objeto de controlar sus costos la Federación de Exportadores de Naranjas de Valencia inicia en 1931 la suscripción de acciones destinada a la constitución de una fábrica de papel; en su boletín *Agrio-Export*, de 30 de Noviembre, y con el fin de permitir a los socios no suscritos todavía el que puedan “subsancar su ausencia”, se expresa que “Ya está cercano el día en que el exportador naranjero se vea emancipado de las garras del “Trust” papelerero”. Prevista inicialmente su ubicación en el molino del Fus, Alcira, posteriormente se construye la fábrica en el molino de la Concepción, partida de Materna. Se concluye la instalación de la maquinaria precisa en 1934, bajo la dirección de Francisco Batlle i de Balle, Ingeniero Industrial y fabricante de Capellades.

Otra iniciativa similar tuvo lugar el mismo año. Existía en la localidad de Burriana una fábrica de papel seda, *Papelera del Cid*, propiedad de Ferran Granell Felis, la cual abastecía de papel seda a los 9 timbrados de la localidad. Los timbrados se constituyeron en una sociedad anónima, denominada *Timbrado Burrianense*, y posteriormente fundaron la *Papelera del Mijares*, por no convenirles el suministro que les realizaba *Papelera del Cid*.

Con un capital fundacional de 1.000.000 de pesetas, bajo la gerencia de Monés Vila se construyen dos

naves, y se montan dos máquina de que construye Francisco Blanes; se contratan 110 productores, que sólo trabajarían 9 meses, iniciando la labor en septiembre. Se fabrican solamente dos calidades, de 12 gramos. Será la primera manufactura valenciana en capacidad de producción y segunda en rendimiento unificado. A partir de 1940 se reduce el consumo; la adaptación de materias primas y maquinaria permitirá la continuidad de la actividad con la fabricación de papeles de escritura.

En 1946 (Anuario del Papel, Prensa y Artes Gráficas) había 19 fábricas, con 25 máquinas de 0.64 a 2.40 metros de ancho, produciendo sedas y

manilas con una capacidad de 5.200 toneladas al año. El consumo habitual en años normales se situaba en las 4.000 toneladas (50.000 bobinas), que bajaron a menos de 500 (6.000 bobinas) durante el conflicto de la Segunda Guerra Mundial.

Actualmente, casi desaparecida la costumbre de envolver la naranja con el papel seda, por su alto costo en manipulación, solamente resta en la Comunidad Valenciana una fábrica dedicada exclusivamente a la elaboración de papel seda, situada en las cercanías de Valencia.

Francisco Torrent Torralba

BIBLIOGRAFÍA

- Historia de la Naranja, Levante, el mercantil valenciano. 1992
Historia de la naranja. (II). Vicente Abad, 1982
La Fabrication des pâtes et du papier. Gardenvale, 1930
Papiers d'orange. Pascal Pierrey, 1991